

cano de las novelas judías de Noah Gordon. Por supuesto, esto es infinitamente superior a lo de Gordon. Evitemos, igualmente, el localismo de pensar que a un colombiano le están prohibidos temas históricos que no forman parte del que debería ser el mapa de sus preferencias. El único mundo de un escritor es el de los seres humanos que van a leerlo. Está bien que un colombiano escriba sobre esto. Siempre me pregunto por qué razón si un canadiense o un australiano deciden emprender una vuelta al mundo en un velero reciben ayuda de las autoridades portuarias del mundo entero, mientras que si es un colombiano el que lo hace, en el primer puerto le destrozan y le desguazan el velero en busca de droga.

Si no es el tema judío, ¿entonces qué es lo que ocurre? En las otras novelas de Serrano, aunque con diversos matices, sucede algo semejante a lo que ocurre en *Donde no te conozcan*. Mis lectores me dicen, no obstante, que la historia, o las múltiples historias de este libro, no les interesan, que *Tamerlán* podía ser menos creíble pero que mostraba un mundo más fácil de digerir que éste, y que les aburre sobremanera el tono sentencioso, el tono bíblico, y que sí, que la prosa es impecable, pero insoportable. Me pregunto, entonces, si el problema será el mismo medievalismo que aburrió a los lectores de mi viejo manuscrito. Imposible aducir que el tema medieval es aburrido por ser. Si leo a un historiador para dormirse de pie, como Kantorowicz, pase. Pero si leo *El nombre de la rosa*, no. Aunque este libro trae más a la memoria los nombres de Robert Graves y de László Passuth que el de Umberto Eco. Pero eso no lo hace mejor.

Mi juicio se queda vacilante. Al comenzar a leer este libro quería explayarme sobre el oficio de un escritor que está llevando la novela histórica en Colombia a un altísimo nivel. Aquí hay, si no un gran libro, sí un escritor de gran calidad. Pero eso ya lo sabíamos aquellos a los que nos gustaron sus trabajos anteriores. Finalmente, y a mi pesar, creo que

con esta novela tendré que quedarme en una sentencia de Edgar Allan Poe: “nos sentimos turbados por un vago sentimiento de que deberíamos admirarla, y a la vez estamos ciertos de que no la admiramos”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## Un debut más

**Sálvame, Joe Louis**

*Andrés Felipe Solano*

Alfaguara, Bogotá, 2007, 243 págs.

No resulta fácil ser justo a la hora de comentar el debut literario de un joven novelista. En la mayoría de los casos, como es obvio, una primera novela está llena de limitaciones que resultan evidentes en su lectura y que revelan que, en muchos aspectos, el autor todavía es un aprendiz. Cuando se hacen lecturas retrospectivas de los debuts literarios de autores consagrados se tiende a perdonar esas deficiencias en nombre de lo que vino después y a ver la obra temprana como el germen auténtico de algo que se reveló más tarde. La lectura crítica de un novelista que acaba de debutar no permite ese recurso porque nadie sabe lo que vendrá después aunque, tal vez, una de las tareas del crítico sea tratar de adivinar lo que puede venir.

Muchas primeras novelas se parecen entre sí. Hay, naturalmente, excepciones, en las que el autor se revela desde el comienzo como un gran escritor. Pienso en Günter Grass que ya dio lo mejor de sí con *El tambor de hojalata* —que fue su debut novelístico aunque no literario— o en Mario Vargas Llosa, cuyo talento se encuentra ya revelado en *La ciudad y los perros*. Pero en la mayoría de los casos la primera novela suele ser un intento fallido, y desesperado, por entregar de una vez y para siempre una visión del mundo que no suele ser otra cosa que la típica visión sombría de los

adultos que no acaban de salir de la adolescencia y que deciden sentirse de regreso de todo cuando todavía no han ido a ninguna parte.

Dentro de este último tipo de novelas cabe clasificar *Sálvame, Joe Louis* de Andrés Felipe Solano, autor nacido en 1977 según la solapa del libro. Solano parece saber que los 30 años que tiene son casi una exageración para atribuírselos a su personaje central, Boris Manrique, que sólo tiene 22 años y que atraviesa la típica crisis de aquellos que se sienten obligados a ser adultos y no encuentran caminos para ello.



Manrique, tras estudiar seis semestres de arquitectura, se ha convertido en fotógrafo de una revista de sociedad y, de paso, tiene que responder también a las cartas que llegan al consultorio sentimental. Solano, sobre todo en las primeras páginas, intenta darle un carácter definido a Manrique. Nos lo muestra como un obseso por los años cincuenta que se define como alguien anticuado, como un ser hipocondriaco y al que el insomnio lo ha convertido en teledicto y como alguien con tendencia a la ludopatía, lo que le permite sentirse remotamente parecido a Dostoievski.

Esa hubiera sido, tal vez, una buena base para seguir contando la historia, pero en el desarrollo posterior de la novela el comportamiento de Manrique rara vez corresponde al carácter que intentó dársele al comienzo. La cuestión es tan extrema que se tiene la sensación de que Solano abandonase un proyecto inicial para embarcarse en otro que gira en torno a una historia de amor entre



Manrique y una mujer casada unos diez años mayor que él.

He escrito historia de amor porque en determinado momento el narrador la define como tal y Manrique entra incluso en una serie de reflexiones sobre la naturaleza del amor, pero creo que para lo que ocurre en esta novela esa definición es imprecisa, puesto que no hay nada que haga pensar o sentir que Manrique está enamorado de Lucía. Se nos cuenta que lo está, pero son palabras vacías, el lector no se lo cree y, además, no ve diferencia alguna entre la relación Manrique-Lucía y la relación ocasional con una modelo que la precede.



En otras palabras, Solano no consigue que el lector vea el mundo interior de Manrique, no consigue crearlo y eso resulta una falla fundamental en una novela escrita en buena parte en primera persona y que hace una apuesta muy fuerte por la introspección. En esa apuesta está la razón de la debacle de una novela que yo no hubiese terminado de leer si no hubiera tenido que hacerlo para esta reseña.

Hasta ahora, he hablado del gran vacío de la novela. Ahora es justo que hable de detalles que pueden hacer pensar que Solano es mejor escritor que lo que permite pensar la lectura de *Sálvame, Joe Louis*. Esos detalles tienen que ver precisamente con lo contrario de la introspección, es decir, con la agudeza que por momentos se advierte a la hora de captar detalles exteriores que definen mundos y personajes.

Eso es algo que lleva a la paradoja de que haya personajes secunda-

rios que estén mucho mejor definidos que el personaje central o que la propia Lucía París, que se nos presenta como un carácter absolutamente plano. Pienso, concretamente, en una ex novia de Manrique llamada Julieta Copello a quien Solano nos muestra de cuerpo entero a punta de ir enumerando sus excéntricas a medida que éstas van apareciendo.

También resulta interesante la agudeza que muestra Manrique para captar los idiolectos bogotanos en los diálogos. Y las cartas que llegan al consultorio sentimental también tienen una gracia indudable y muestran además que Solano puede jugar con los tonos escritos y que la parodia puede estar en el futuro entre sus recursos literarios.

Tal vez, el lector hubiera podido sentir más cerca a Manrique si Solano hubiese prescindido de la primera persona y hubiera optado por describirlo desde afuera. Tal vez ese deba ser su camino literario, el de la distancia irónica y compasiva ante sus personajes y, al menos por el momento, no el de la introspección que en esta novela no le sirve para hacernos sentir aquellos rasgos de carácter que se supone que pertenecen a Manrique.

El título de la novela, que es un buen logro, apenas está justificado y de manera bastante forzada hacia el final. En su última noche con Lucía París, Manrique tiene un ataque de insomnio y ve un programa sobre Joe Louis en una serie llamada *Leyendas del ring* y en él Martin Luther King cuenta como el primer condenado a morir en la cámara de gas —un negro— dijo antes de morir: “Sálvame, Joe Louis”. Esas palabras las repetirá Manrique unas pocas páginas más tarde cuando se atragante con una espina de pescado.

Tal vez Solano haya querido escribir toda la novela para esa escena. Ahí está otra vez el teleadicto insomne que tiende a identificarse con personajes de otro tiempo —aunque en el caso de Joe Louis sean los cuarenta y no los cincuenta— que intentó mostrarnos al comienzo. Pero si eso es así, sobran de-

masiadas páginas que nada tienen que ver con ello. Porque *Leyendas del ring* es un programa que Manrique sólo ve dos veces en la novela: una vez al comienzo y otra al final. Y entremedias no hay nada que haga pensar que sea un devoto de Joe Louis ni de ningún otro boxeador legendario.

RODRIGO ZULETA

## Decencia y discurso femenino

### Delante de ellas

Gonzalo Mallarino Flórez  
Alfaguara, Bogotá, 2005, 269 págs.

Ésta es una novela decente, y estoy casi por defender la decencia como una categoría literaria. Por “decente” entiendo una pieza literaria sostenida en su totalidad (y en su unidad) por una propuesta ética y que, aun sin tener grandes pretensiones literarias, justifica su discurso (narrativo) desde una *tecné*, desde la necesidad de usar la escritura en diversos modos y recursos para conseguir un efecto o unos efectos que generen a su vez revelaciones y reflexiones dentro del contexto de su propuesta ética. En el caso de *Delante de ellas*, el relato tiene la forma del reporte o diario no íntimo de una mujer, Alicia, médica gineco-obstetra, en dos momentos históricos de su vida, en 1926 uno, y en 1964 el otro. La distancia histórica entre estos dos bloques del relato, aparte de constituir un recurso simple de estrategia narrativa, permite poner en contexto a la narradora, pues nunca en la novela se nos dice para qué, para quién o desde dónde se hace el relato. Digo “reporte” o “diario no íntimo” en mi afán de contextualizar una voz narrativa que, de no ser por el efecto, casi de *bildungsroman*, causado por la doble fuente del relato, carecería de propósito. Reporte casi científico, o